

Poder e Irrealidad

POR LORENZO MEYER

EN un ensayo en torno al siglo XVII —el siglo barroco—, el profesor J. H. Elliot señala que en las cortes de Carlos I de Inglaterra o Felipe IV de España se vivía bajo la ilusión de que la forma de ver el mundo de los monarcas y sus cortesanos era la imperante entre sus súbditos. En realidad, según este autor, la cosa era muy distinta. Los reyes vivían inmersos en una atmósfera muy enrarecida y rodeados de un ceremonial tan complicado y absurdo que, en realidad, los hacían vivir en un mundo que simplemente no correspondía al que existía fuera de palacio. Las sociedades inglesa y española veían desde lejos a los monarcas y su corte, pero sin compartir ni apreciar sus valores. Fuera de las cortes se vivía lo que bien puede llamarse la realidad real —y aquí la redundancia no sale sobrado, sino que es necesaria— y fue esta última realidad la que se impuso.

★

CARLOS I vivió su irrealidad a fondo, hasta ser decapitado por sus súbditos en 1649, tras haber sumido a Inglaterra en una sangrienta guerra civil. Felipe IV no acabó sus días en manos del verdugo, pero llevó a España a una serie de derrotas que fueron el principio de un largo camino cuesta abajo, y que llevaría a España a perder su papel central en Europa. En Francia —una de las potencias que se benefició de las desgracias españolas— terminaría por pasar más o menos lo mismo, es decir un distanciamiento exagerado de los monarcas respecto de su realidad nacional. El absolutismo de los Luis XV y XVI se desarrolló dentro del ambiente de gran lujo, refinamiento, intriga y no poca frivolidad de Versalles. Al final esperaba la tragedia: la guillotina y la revolu-

ción, es decir la muerte del monarca y, lo realmente trágico, el sufrimiento de millones.

La política —la gran política— es, en el fondo, una actividad que siempre conlleva una dosis de brutalidad y que requiere, para tener éxito, de un gran realismo. La imaginación puede ser una ayuda para el político, pero no la fantasía, la pérdida de contacto con la realidad. Los líderes que se separan mucho y sistemáticamente de

la realidad de sus gobernantes corren el riesgo de la ineficacia —que es el pecado capital del hombre político—, o lo que es aún peor, de la catástrofe colectiva.

En México la naturaleza del sistema político ha propiciado el surgimiento de situaciones que favorecen la irrealidad y que, por lo tanto son peligrosas. La gran concentración del poder, el ceremonial, la censura y autocensura y otros factores similares llevan, de hecho, a un gran aislamiento físico o intelectual del Presidente, los secretarios de Estado, los gerentes de las grandes paraestatales, los gobernadores y otros miembros de la élite política.

★

EN cierto sentido, la irrealidad envuelve a estos personajes desde antes de que lleguen a la cúspide del poder. El dominio absoluto de un solo partido sobre la vida pública mexicana ha terminado por hacer que la verdadera actividad política no sea la que se hace en los espacios abiertos, a la vista de todos, sino la que transcurre intramuros y donde la lógica del secreto, la intriga y la lucha interburocrática se imponen sobre cualquier otra. De ahí que el dinamismo, el brillo personal y la capacidad de comunicación entre el político y la masa —que en otros sistemas son elementos importantes en el éxito o fracaso del dirigente— en México resulten ser casi obstáculos; ahí está, como botón de muestra, el caso de Carlos Madrazo, para no hablar de situaciones más recientes.

★

ES, en el predominio enorme, asfixiante, de la atmósfera y la lógica burocrática en todos los ámbitos políticos oficiales, donde se encuentra, creo yo, uno de los orígenes de la creciente irrealidad en que hoy vive el poder en México. A los altos puestos del gobierno llegan no los mejores y más brillantes, sino los expertos en la lucha contra los competidores burocráticos, y cuya vida transcurre lejos del contacto con las bases sociales —o al menos con los militantes de base de su partido— y en cambio está cargada de planes de desarrollo, proyecciones económicas, proyectos, controles de gestión, archivos,

Los Gobernantes

Sigue de la página siete

auditorías, etcétera. Es decir, la irrealidad.

Sólo teniendo en cuenta esta situación se puede comprender, por ejemplo, que en estos días se intente resolver el gran problema político de la ciudad de México —la urbe más grande del planeta sin autogobierno— a través de un simple cambio en la Constitución —uno más de los cientos que se le han hecho—. Este cambio, como se sabe, servirá de base para crear la llamada Asamblea Representativa del Distrito Federal, cuyas bondades como ejemplo de la "democracia integral" nos las machacan mañana, tarde y noche los medios masivos de comunicación, pero sin lograr despertar el mayor interés o entusiasmo de los supuestos beneficiarios.

Sólo aquellos que viven en la irrealidad pueden pensar que los capitalinos nos vamos a creer que esa tan mentada asamblea es un sustituto real al gobierno municipal —que nos quitaron en 1928— menos aún que por ella y con ella vamos a encontrar una solución democrática a los monstruosos problemas que nos agobian, producto de decenios de centralismo antidemocrático.

La sombra de lo sucedido en Chihuahua y en otros estados de este sexenio —el fraude electoral— pesa mucho sobre nosotros y por ello hay razón para sospechar que la asamblea capitalina será una institución de tanta utilidad como

lo es hoy día la Cámara de Diputados o la de Senadores, es decir de ninguna. Y algo similar ocurre en otras áreas de nuestra vida pública: la política salarial, la política de precios, la de endeudamiento externo, reconversión industrial, etcétera. En todas ellas se notan sombras de irrealidad por ser producto de una atmósfera que no es la que respira el grueso de los mexicanos.

Así pues, si algo nos debe de haber enseñado ya la historia —la propia y la ajena—, es que una clase política que se empeña en vivir en la fantasía simplemente está preparando el camino de su destrucción. Y esto no sería quizá algo negativo, si tal destrucción no viniera generalmente acompañada de otros males, como son la violencia y la depresión económica, fenómenos que se ceban en los más indefensos, en los que ya han padecido mucho. Por lo tanto los que estamos acá abajo debemos hacer lo posible por volver a la realidad a los de allá arriba. Y no por que los de arriba merezcan ser salvados —que no lo merecen—, sino porque nosotros no queremos ser destruidos.
